

PRÓLOGO
LA CONVIVENCIALIDAD EN
PERSPECTIVA

Ha pasado medio siglo desde la primera edición francesa de *La convivencialidad*, en 1973, que conservo y me interesa releer, junto con la edición de Virus que ahora se reedita, porque me sigue induciendo a pensar. Aunque hubo una primera edición en castellano de Barral en 1974, el libro y el autor cayeron en el olvido y solo se recuperaron, tras el repunte crítico del 15M, gracias a la ingente labor social de la editorial Virus, que reeditó la obra en 2012 y la mantiene viva con esta nueva reedición. Destaquemos algunos de los contenidos del libro que me parecen interesantes, aunque estoy seguro de que los lectores podrán encontrar otros muchos.

La convivencialidad recoge y sintetiza críticas anteriores del autor a la *sociedad industrial* con una radicalidad que hoy llama más la atención que cuando se publicó inicialmente. Ya que, paradójicamente, la profundidad de la crítica ha ido decayendo a la vez que la crisis de civilización anunciada por Illich se hacía cada vez más patente. En efecto, el colapso del «socialismo real» y la ola de privatizaciones que se ha venido produciendo en el mundo hicieron que la izquierda se batiera en retirada y olvidara metas revolucionarias para defender a duras penas lo público frente a lo privado, mientras que el núcleo duro de la

ideología y las instituciones dominantes sobrevivía con buena salud. Como evidencia este libro, Illich centra sus críticas y sus propuestas en la sociedad industrial en su conjunto ya sea capitalista o socialista, con propiedades tanto públicas como privadas... o con más o menos «planificación» o «mercado». Advierte explícitamente que «no son los conflictos entre personas o las luchas de grupos entre sí lo que nos ocupa aquí. Lo que me interesa no es la oposición entre una clase de hombres explotados y otra propietaria de las herramientas, sino la oposición que se sitúa primero entre el hombre y la estructura técnica de la herramienta».¹

Su crítica apunta, así, al conglomerado ideológico, cultural e institucional propio de la *civilización industrial* con todas sus piezas, tratando de cubrir un vacío que persiste y que él mismo había denunciado: «Las ideologías actuales son útiles para clarificar las contradicciones de una sociedad basada en el control capitalista de la producción industrial, pero *no presentan un marco que permita analizar la crisis del modo de producción industrial en sí mismo*. Yo espero que algún día se formule una teoría general de la industrialización lo suficientemente precisa como para resistir un examen crítico».²

Vemos que Illich habla de «modo de producción industrial», no de «modo de producción capitalista» como se venía haciendo desde el marxismo, porque su crítica va más allá del capitalismo y apunta, como decimos, a la civilización industrial en su conjunto, de la que entonces era instrumento y parte no solo el capitalismo, sino también un potente «bloque socialista» liderado por la entonces Unión Soviética.

Illich anuncia su propósito de «trabajar en un epílogo de la era industrial» del cual este libro es una primera entrega por él calificada de «manifiesto». En ella no solo se limita a diagnosticar la caída de la civilización industrial, sino que apunta las dificultades y los requisitos para que pueda aflorar la por él llamada «sociedad convivencial». Tras expresar su deseo de

«describir el ocaso del monopolio del modo de producción industrial», considera que «las dos terceras partes de la humanidad pueden aún evitar atravesar por la era industrial si eligen, desde ahora, un modo de producción basado en un equilibrio posindustrial».³ Pasado medio siglo parece claro que esto no ha ocurrido y que los llamados «países emergentes» han abrazado con fuerza el «modo de producción industrial» criticado por Illich, defraudando su esperanza de que esa reconversión fuera plausible en el entonces incierto devenir de países como la naciente China posrevolucionaria. Pero precisamente estas esperanzas perdidas hacen que, al haberse globalizado y agudizado notablemente el deterioro ecológico y la polarización y la frustración social por él anunciadas hace cincuenta años, sus reflexiones sobre la crisis de la civilización industrial y sus perspectivas sigan siendo sugerentes en la actualidad.

La reflexión de Illich detecta que la fe en el progreso, unida al imperio reduccionista del racionalismo científico-parcelario propio de la Ilustración sobre el que se levanta la civilización industrial, desata afanes y excesos que son, cada vez más, fuente de sinrazones y daños manifiestos. Advierte que «la sociedad puede ser destruida cuando el futuro crecimiento de la producción en masa convierte el entorno en hostil, cuando extingue el uso libre de las habilidades naturales de los miembros de una sociedad, cuando aísla a las personas entre sí y las encierra en un caparazón artificial, cuando socava el tejido comunitario promoviendo una polarización social extrema y una especialización desintegradora...».⁴ Illich precisa que la sociedad industrial genera seis tipos de amenazas para la vida que no cabe ni siquiera esbozar aquí.⁵ Y analiza el proceso constatando que, cuando las *herramientas* de las que se dota la sociedad industrial sobrepasan ciertos *umbrales*, empiezan por destruir los fines utilitarios para los que fueron concebidas, para acabar amenazando a la sociedad en sí misma.

1. Véase p. 171 de este libro.

2. Véase p. 45, el énfasis es mío.

3. Véase p. 43.

4. Véase p. 45.

5. Véase p. 107.

La civilización industrial partió de la hipótesis de que «la herramienta puede sustituir al esclavo. Ahora se ha puesto de manifiesto que es la herramienta la que hace al hombre su esclavo». ⁶ Y advierte que «pronto será la computadora la que decida». ⁷

Para ello, Illich define lo que llama la «herramienta» (*tool* en inglés, y *outil* en francés) de forma tan amplia que abarca desde objetos concretos (destornilladores, ladrillos, automóviles, televisores o teléfonos) hasta organizaciones e instituciones complejas (fábricas, escuelas, hospitales, medios de comunicación, centros de planificación, redes de carreteras, leyes y programas reguladores...). «La categoría herramienta —concluye— engloba todos los dispositivos diseñados racionalmente, ya sean artefactos o reglas, la máquina y su modo de empleo, el código y su operador, el pan y el circo. [...] Todo objeto tomado como medio para un fin se convierte en herramienta». ⁸ A juicio de Illich, «la cuestión urgente sería determinar qué herramientas pueden ser controladas para el interés general, y comprender que una herramienta incontrolable representa una amenaza insoportable. De forma secundaria —prosigue—, se podría también considerar si el control privado de una herramienta potencialmente útil es compatible con el interés general». ⁹

Una vez aclarado este punto podemos pasar al tema de los umbrales, que Illich trata de definir en el libro apoyándose en sus investigaciones anteriores sobre distintas herramientas: el automóvil y el sistema de transportes, la escuela y el sistema educativo o la medicina occidental y el sistema sanitario, entre otras. En uno y otro caso va considerando cómo, en un *primer umbral*, las herramientas se introducen como instrumentos útiles al servicio de la actividad y la vida humana, pero, a medida que se impone y amplía su uso, se llega a un *segundo umbral* a partir del cual empieza a decrecer la utilidad marginal que genera su uso hasta llegar a anularla por completo. Este sería el

caso de una persona que tarda media hora en llegar en autobús al trabajo y se compra un coche con el que puede llegar en un cuarto de hora. Pero, al generalizarse el uso del automóvil, el tráfico se colapsa y tarda mucho más tiempo del que tardaba inicialmente un autobús que, además, ahora también tarda más por los embotellamientos. Este es un ejemplo que, en la misma línea de lo expuesto por Illich, había sugerido E. J. Mishan en su libro *Los costes del desarrollo económico* ¹⁰ para advertir que, en la sociedad de consumo, un mayor gasto puede no conllevar ganancias sino pérdidas de utilidad. Y es lo que nos recuerda Illich que ocurre con otras herramientas. En el caso de la medicina y el sistema sanitario, el primer umbral lo fija a principios del siglo xx, cuando «los efectos deseables de los nuevos descubrimientos científicos eran fáciles de medir y verificar [con lo que] la contribución positiva de la medicina moderna a la salud individual durante la primera mitad del siglo xx resulta difícil de cuestionar». ¹¹ Pero, a partir de la segunda mitad de dicho siglo, la medicina y el sistema sanitario empezaron a entrar en el segundo umbral, en el que empezó a decaer la utilidad marginal para acabar generando desutilidad «conforme el monopolio creciente de la institución médica se convirtió en un indicador de más sufrimiento para más gente» ¹² al generar más enfermedades y enfermos, a la vez que aumentaban los profesionales, los tratamientos, los medicamentos... y los gastos.

Estos planteamientos van unidos a otras críticas de fondo a la sociedad de consumo que apuntan en dos sentidos: 1) a la creación artificial de necesidades, y 2) a la obsolescencia programada.

En el primer sentido, las críticas de Illich se unen a otras que subrayan que la *economía* aparece como una disciplina que se ocupa de la *satisfacción de las necesidades mediante el consumo*, pero no de estudiar el origen de aquellas. Cuando, de hecho,

6. Véase p. 61.

7. Véase p. 166.

8. Véase p. 78.

9. Véase p. 85.

10. Ezra J. Mishan, *Los costes del desarrollo económico*, Oicos-Tau, Vilassar de Mar, 1970.

11. Véase p. 56.

12. *Ibid.*

como ya advirtió Veblen,¹³ las necesidades y los gustos se ven alterados y generalmente incentivados por el propio sistema económico, arrastrando a los individuos a un «estado de insatisfacción crónica». E incluso, como ha señalado más recientemente otro economista *sui generis*, la insatisfacción aflora en muchos casos tras haber adquirido los tan deseados bienes de consumo.¹⁴ Este autor analiza el distinto grado de frustración que normalmente sigue al consumo de los distintos tipos de «bienes y servicios», postulando que esta frustración puede alterar los gustos de las personas e incluso originar, en grupos importantes, ciclos de euforia y desengaño consumista que desplacen el interés entre lo público y lo privado.

En el mismo sentido apunta la reflexión que lleva a Ivan Illich, en un texto antológico titulado «Necesidades», a presentar el *desarrollo económico* como una potente máquina que genera *necesidades* a ritmos muy superiores a los medios —renta y consumo— que se ofrecen para colmarlas, y convierte así al *homo economicus* en un eslabón intermedio en la transfiguración de la naturaleza humana desde el *Homo sapiens* hacia el *homo miserabilis*:

*Como la crema batida que se convierte bruscamente en mantequilla, el homo miserabilis aparece, casi de la noche a la mañana, como una mutación del homo economicus, el protagonista de la escasez. La generación posterior a la Segunda Guerra Mundial presenció este cambio de estado en la naturaleza humana, del hombre común al hombre necesitado. La mitad de todos los individuos nacidos sobre la Tierra como homo son de esta nueva clase.*¹⁵

13. Thorstein B. Veblen, *The theory of the leisure class*, 1899. [Hay trad. cast.: *Teoría de la clase ociosa*, 4.ª ed., Fondo de Cultura Económica, Ciudad de México, 1966.]

14. Albert O. Hirschman, *Shifting involvements. Private interest and public action*, Princeton University Press, Princeton, 1982. [Hay trad. cast.: *Interés privado y acción pública*, Fondo de Cultura Económica, Ciudad de México, 1986.]

15. Ivan Illich, «Needs», en Wolfgang Sachs (ed.), *The development dictionary. A guide to knowledge as power*, Zed Books, Londres y Nueva Jersey,

Valgan estas referencias para trascender el apacible mundo de la economía estándar, que nos tiene habituados a medir la desigualdad y la pobreza (e implícitamente la satisfacción) en términos monetarios. Se clasifican así las personas, los hogares y hasta los países en ricos y pobres atendiendo a su renta o su gasto, haciendo abstracción del distinto significado que les otorgan los heterogéneos marcos de referencia. Así, al aplicar este criterio unidimensional se pontifica, por definición, sobre la *pobreza* severa del agricultor tradicional y, en general, de todas las sociedades que nos precedieron. Al igual que se ignoran los daños que conlleva la superdestrucción de las sociedades tradicionales causada por el desarrollo económico. Pues el «desarrollo», en su pretensión de erradicar la pobreza, no ha intervenido mejorando de entrada las condiciones de vida en las sociedades tradicionales «periféricas» al capitalismo, sino provocando su crisis, sin garantizar alternativas solventes para la mayoría de la población implicada y originando situaciones de penuria y desarraigo mayores de las que se pretendían corregir *ab initio*.

Desde esta perspectiva Illich sugiere, en el texto «Necesidades» antes citado, que «podemos imaginar el “desarrollo” como una ráfaga de viento que arranca al pueblo de sus pies, lejos de su espacio familiar, para situarlo sobre una plataforma artificial, con una nueva estructura de vida. Para sobrevivir en este expuesto y arriesgado lugar, la gente se ve obligada a alcanzar nuevos niveles mínimos de consumo, por ejemplo en educación formal, sanidad hospitalaria, transporte rodado, alquiler de vivienda...». Y para ello es necesario disponer de unos ingresos que el «desarrollo» escatima a la mayoría de las personas, desatando el proceso de *miserabilización* antes indicado, el cual alcanza hasta las necesidades calificadas de primarias o elementales (nutrición, vestido...). Porque, además, las nuevas necesidades aparecen como algo ajeno a las posibilidades directas de hacerles frente, con lo que las personas desarraigadas y carentes de empleo e ingresos aparecen como residuos obsoletos

1992. [Hay trad. cast.: «Necesidades», Centro de Aprendizaje Intelectual, Cochabamba, 1997.]

inadecuados a las nuevas exigencias del «desarrollo», y caen con facilidad por la pendiente de la marginación social al perder su condición de ser humano capaz de asegurar su propia subsistencia, para convertirse en un *pobre* necesitado de la beneficencia pública o privada. Esta denuncia de cómo la civilización industrial promovió la escasez al multiplicar, para la mayoría, más las necesidades que los ingresos para colmarlas, quedó reforzada con el libro de Marshall Sahlins *Economía de la Edad de Piedra*,¹⁶ cuya edición francesa se tituló «Edad de Piedra, edad de abundancia».¹⁷

Algo parecido ocurre con la propiedad privada absoluta que, hoy día, otorga libertad a los propietarios pero precariedad y frustración a una mayoría de desposeídos, recortando notablemente su libertad negativa respecto a la que disfrutaban las personas antes de que se implantara la propiedad privada (como analizan largo y tendido Karl Widerquist y Grant S. McCall en su libro *Prehistoria de la propiedad privada*.¹⁸ Sin embargo, como hemos indicado, la crítica de Illich no solo apunta al desigual reparto de la propiedad, sino que va más allá al subrayar los daños que ocasiona la sociedad industrial en las gente en general, haciendo que incluso personas que pueden ser libres, al estar económicamente bien dotadas, sufran vidas totalmente vacías y carentes de sentido, tema fundamental que escapa al debate político ordinario.

En lo que concierne a la obsolescencia programada, resulta muy clarificador el apartado de *La convivencialidad* titulado «La obsolescencia»,¹⁹ la cual figura entre las seis amenazas destructivas que, según Illich, plantea la sociedad industrial. Ese apartado no se refiere solo a las prácticas de obsolescencia prematura que han venido imponiendo los fabricantes de los más diversos objetos (bombillas, electrodomésticos, automóviles, ordenadores,

impresoras...) para aumentar las ventas, prácticas que han sido denunciadas y, en ocasiones, condenadas, sino a una querencia más profunda de la sociedad industrial estrechamente ligada a la fe en el progreso que ha extendido la ilusión de que siempre «lo nuevo es lo mejor». Lo cual «induce a medir el valor de un producto por su novedad y hace que nada escape a esta tendencia, ni siquiera los conceptos».²⁰ Y esta carrera espoleada por el continuo diseño de novedades, modas y marcas acelera el rechazo de los consumidores a lo que en su día habían deseado y comprado, a la vez que excluye a los que no pueden comprar lo nuevo, acentuando la polarización social e incentivando a los pobres a trabajar mucho para tratar ilusoriamente de emular los patrones de consumo de los ricos. En este contexto Illich señala que «la mejor forma de abrir un mercado es asimilando el producto nuevo a un importante privilegio».²¹ Esta tendencia ha sido apoyada desde el poder a todos los niveles: «En el sistema actual de obsolescencia programada a gran escala, algunos centros de decisión imponen la innovación al conjunto de la sociedad y privan a las comunidades de base de elegir su porvenir».²²

Interesa subrayar, por si alguien no lo había apreciado, que la imposición de la obsolescencia forzada ha alcanzado una intensidad jamás vista con el empeño de promover «las nuevas tecnologías» y la «reconversión energética» asociada a ellas para ofrecer, así, nuevos nichos de negocio a las grandes corporaciones transnacionales. Lo cual, con el agravante de que la fabricación de los nuevos artilugios sigue sin diseñarse pensando en el reciclaje, ha disparado en los últimos decenios la extracción global de minerales a niveles nunca vistos, sin que por ello decaiga la extracción de combustibles fósiles, que ha continuado creciendo al ritmo que marca el pulso de la coyuntura económica. Se genera, de este modo, una espiral perversa entre las crecientes exigencias en energía y contaminación

16. Marshall Sahlins, *Economía de la Edad de Piedra*, Akal, Madrid, 1981.

17. Marshall Sahlins, *Âge de pierre, âge d'abondance. L'économie des sociétés primitives*, Gallimard, París, 1976.

18. Karl Widerquist y Grant S. McCall, *Prehistoria de la propiedad privada*, trad. Sara Ortega, Bauplan, Barcelona, 2023.

19. Véase pp. 140-145.

20. Véase p. 143.

21. Véase p. 142.

22. Véase p. 141.

asociadas a un extractivismo que trabaja con una base de recursos cada vez más degradada. Como horizonte hacia el que apunta semejante degradación, Illich ve un mundo convertido en una gran mina y plagado de enfermos y hospitales, en el que los Estados son instrumento de la tiranía corporativa reinante. «Cuando la crisis total se avecina, se pone de manifiesto que el Estado nación moderno se ha convertido en un *holding* empresarial dedicado a la multiplicación de herramientas a su servicio; y los partidos políticos, en instrumentos para organizar a los accionistas para la elección ocasional de juntas directivas y presidentes».²³

Illich subraya tres obstáculos que dificultan el cambio social hacia la *convivencialidad*: 1) *la idolatría de la ciencia*, a la que antepone una «investigación radical»;²⁴ 2) *la corrupción del lenguaje cotidiano*, considerando que «el uso crítico del lenguaje ordinario es el primer pilar de la inversión política, pero se necesita un segundo pilar. [...] Se necesitarán grupos capaces de analizar con coherencia la catástrofe y de expresarla en un lenguaje común»;²⁵ y 3) *la devaluación de los procedimientos formales empleados para la toma de decisiones sociales*, frente a la que subraya la necesidad de promover la participación social.

Illich no cree en soluciones burocráticas que frenen el desbocado crecimiento inherente al modo de producción industrial. Para Illich, «la gestión burocrática de la supervivencia humana» es una opción plausible, pero considera que «habrá de fracasar»:

Es posible que a los tecnócratas se les encargue conducir el rebaño al borde del abismo, es decir, fijar los límites del crecimiento en todas las dimensiones justo por debajo de la autodestrucción. Semejante fantasía suicida mantendría el sistema industrial en el más alto grado de productividad capaz de ser tolerado. El hombre viviría

23. Véase p. 183.

24. Véase p. 147.

25. Véanse pp. 179-180.

protegido en una cápsula de plástico como el condenado a muerte antes de la ejecución...»²⁶

En realidad, es concebible la formación de una élite bien organizada que alabe la ortodoxia del anticrecimiento. Esta élite quizás ya se esté formando. Pero un grupo así, con el anticrecimiento como único programa, es el antídoto industrial a la imaginación revolucionaria. Al incitar a la población a aceptar una limitación de la producción industrial, sin poner en cuestión la estructura industrial básica de la sociedad moderna, inevitablemente se daría más poder a los burócratas que optimizan el crecimiento convirtiéndola en su rehén.²⁷

El autor considera que el crecimiento se detendrá por sí mismo: «Pronto se producirá un acontecimiento que interferirá en el crecimiento de las herramientas».²⁸ Lo cual estima que abrirá nuevas posibilidades para el cambio social, pues

...la población perderá la confianza no solo en las instituciones principales, sino también en los gestores de la crisis [...]. De la noche a la mañana, importantes instituciones perderán toda respetabilidad, toda legitimidad y reputación de servir al interés público. Es lo que le sucedió a la Iglesia de Roma bajo la Reforma y a la monarquía francesa en 1793. De la noche a la mañana, lo impensable se convirtió en evidencia [...]. No es necesario ser un genio para prever que se tratará de la primera crisis mundial no en la sociedad industrial, sino de la sociedad industrial en sí misma [...]. De hecho, el desenlace de la crisis inminente dependerá de la aparición de grupos emergentes imposibles de recuperar.²⁹

26. Véanse pp. 173-174.

27. Véase p. 182.

28. Véase p. 178.

29. Véanse pp. 176-179.

Ante este panorama, Illich apunta que la reconstrucción convivencial de la sociedad solo será posible «a condición de que el cuerpo social proteja el poder de las personas y de las colectividades para elegir y modificar sus estilos de vida, sus herramientas, su entorno; o dicho de otra forma, su poder para dar a la realidad un rostro nuevo»³⁰ pudiendo escapar, así, de la trepidante renovación y degradación que imponen la sociedad de consumo y la obsolescencia programada. Y define la *sociedad convivencial* como «aquella en que la tecnología moderna está al servicio de la persona integrada en la colectividad y no al servicio de un cuerpo de especialistas. Convivencial es la sociedad en la que la persona controla la herramienta», matizando que «convivencial es la herramienta, no la persona».³¹

Valga lo anterior para vislumbrar algunos de los aspectos de la crítica de Illich a la civilización industrial y las dificultades y posibilidades de reconducirla hacia la convivencialidad. Advierte que no propugna una utopía, sino las condiciones que permitan a cada comunidad elegirla continuamente. Pero ¿cómo es posible que las personas y comunidades puedan «elegir y modificar sus estilos de vida» cuando la sociedad industrial ha acentuado la desigualdad económica y la polarización social, recortando el estatus de libertad de la mayoría e incapacitándola incluso para organizar su propia subsistencia? Creo que responder esta pregunta exige poner en primer plano instituciones como la propiedad privada absoluta y el sistema monetario internacional que Illich deja explícitamente de lado para centrarse en otras. Instituciones que otorgan a la actual tiranía corporativa creciente poder y capacidad de compra sobre el mundo, a la vez que recortan la libertad de la mayoría de las personas para valerse por sí mismas, obligándolas a someterse a relaciones de dependencia.

Creo que Illich era consciente de que la historia de las civilizaciones nos muestra que estas se apoyan en visiones del mundo en buena medida cerradas, que priorizan determinadas

percepciones, pensamientos y comportamientos al mismo tiempo que soslayan o excluyen otros. Y que el paradigma sociocultural que las sostiene acostumbra a albergar supuestos sobre la realidad y el ser humano que alcanzan todas las esferas de la sociedad. Por lo que difícilmente cabe trascender la actual civilización industrial hoy globalizada recurriendo por separado a las interpretaciones parciales al uso (capitalismo, socialismo, neoliberalismo, tecno o neofeudalismo, neofascismo, clientelismo, machismo, feminismo, racismo...), o atendiendo a ciertas consecuencias que genera (globalización, financiarización, sociedad del riesgo, modernidad líquida..).

Pues ni la filosofía, ni la ética, ni la religión, ni la política, ni la economía pueden por sí solas promover y legitimar el cambio de paradigma. Tomar conciencia de ello ayuda a desterrar interpretaciones reduccionistas y falsas ilusiones simplistas de la sociedad y de las posibilidades de cambiarla, e invita a replantear las visiones y sintonías que operan entre todos estos niveles bajo la batuta del paradigma sociocultural dominante. Lo que a mi juicio requiere cuestionar aspectos como aquellos en los que Illich centra su atención en este libro, pero también otros muy relacionados que deja fuera y que forman parte del núcleo duro de la ideología imperante, como son las nociones usuales de sistema económico (con la metáfora de la *producción* y el afán de acrecentarla a la cabeza), de sistema político, de individuo, de sociedad civil..., e instituciones como la propiedad absoluta o las distintas formas de dinero, que condicionan el mundo en que vivimos.

A la vista de lo anterior, tras poner *La convivencialidad* de Illich en perspectiva, considero que este libro es un buen caldo de cultivo de ideas que ayudan a pensar la transición ecosocial de la que hoy tanto se habla.

José Manuel Naredo

30. Véase p. 141.

31. p. 47.